

ROMANCE

EN QUE SE REFIERE MUY POR MENOR EL DIchoso fin que tuvieron las prodigiosas aventuras de los dos nobles Caballeros Don Enrique y Don Estefano.

SEGUNDA PARTE.

Entre claveles y rosas,
azucenas y narcisos,
de violetas y jazmines,
arrayanes, verdes mirtos
se escuchaban los favores
de aquel Angel peregrino.
Una noche una criada,
de quien se habia valido,
ó cansada, ò mal pagada,
al Príncipe le dió aviso
del error de la Princesa:
partió al jardin de improviso,
y entre unas yedras se oculta,
y vió todo lo que quiso.

En aquellos ocho dias
no se dió por entendido,
y al fin de este tiempo busca
un ordinario vestido
de pobre, de aquestos que hoy
dan el nombre de mendigos.
Salióse de la ciudad
con gran cuidado y sigilo,
cuando ya el dorado Febo
se oculta hácia su retiro.
Llegó al hospital y llama,
salió á abrirle Don Francisco,
diciendo: descanse hermano
del cansancio del camino

El Príncipe se acostò
encima del màrmol frio
de la boca de la mina;
con humildad y cariño
el hospitalero ruega,
fingiéndose compasivo,
que vaya á una blanda cama.
A lo que el Príncipe ha dicho,
que hacia penitencia
de sus culpas y delitos,
y que asi le perdonase,
que era preciso el cumplirlo.
Tocó el reloj á las doce,
y vino despavorido,
solícito y cuidadoso,
trayendo encendido un cirio,
diciendo: levante, hermano,
arrímese hacia un ladito,
deje que baje, que importa,
y aun al Príncipe le dijo,
le ayude á quitar la losa;
obedeciòle propicio,
y dijo: si gusta usted,
(aunque yo me hallo indigno)
de que vaya en su compañía,
lo harè con cortés estilo;
le dice, tome esa hacha,
y siga, siga el camino.
Bajan por fin al jardin,
donde la Princesa hizo
acostumbradas finezas
á su amante con cariños.
Mandò al pobre se quedase
retirado, y si ruido
oyese, le diese parte;
para ocultar su delito
al hospital se remiten.
El Príncipe despedido,
confuso y triste se parte
á su Palacio, y previno,
ciego de còlera y rabia,
el darle fuertes castigos,
y para la egecucion
los prenden en un castillo,
y à su primo Don Enrique
le contó lo sucedido,
y entre los dos concertaron
el que muriesen, que es digno.
Hicieron un cadahalso
dentro del jardin florido.
Considere aqui el lector
los clamores, los suspiros,
los llantos, angustias, penas
con que estaba Don Francisco,
cargado de duros hierros,
dentro en la prision metido.
Divulgó por la ciudad
Don Estefano el castigo,
que egecutaba en su hija:
¿quién este suceso ha visto?
Llegó el dia señalado,
los remiten al suplicio,
muchos Príncipes se hallaban
los mas parientes y amigos.
Salieron los dos amantes;
y Don Enrique que ha visto
al Español, le tocó
en su corazon benigno
Dios, y diciendo: detengan,
no se egecute el castigo,

hasta saber de este hombre
de su vida los principios.
Decidme quien sois, decid,
¿en qué Patria habeis nacido?
Dió un suspiro y pronunció
aquel ya cárdeno lirio:
Príncipe invicto, el querer
mis sucesos referiros,
se me anuda la garganta,
y el corazon aflijido
quiere salir de su centro,
temeroso del peligro.
Pero ya que la licencia,
gran Señor, me has concedido,
antes de morir pretendo
oigais fines y principios
del término de mi vida,
que os lo esplicarè sucinto.
Nací en la noble Sevilla
de linaje esclarecido:
mi padre no se quien fué,
aunque dice el pecho mio,
por el valor que en sí obstenta,
por lo heróico, por lo activo,
que debia de ser Rey,
ò Príncipe, aquesto es fijo.
Fuime, gran Señor, criando
con el cortesano estilo
y doctrina que requiere
sugeto tan bien nacido.
Llegué á tener quince años,
sin poder tener indicios
quien fuese mi padre ó madre,
que el cuidado, y el cariño
de una hermana que tenia,
siempre me ocultó lo dicho.
En este tiempo, Señor,
mi espíritu volativo
à ver el mundo me arrastra,
y dueño de mi alvedrio,
sin reparar en los riegos
en que me veo metido,
determiné el ausentarme
de mi patria (¡gran delirio!)
No bastaron de mi hermana
las lágrimas, y suspiros
á poderme persuadir,
que dejase mi designio.
Y viéndome ya resuelto,
me dijo: hermano querido,
ya que el mundo vas à ver,
lo que te advierto y te digo,
que en Italia está tu padre,
sea esta prenda testigo,
busca su dueño y verás
tus deseos bien cumplidos:
diome este Toison, Señor,
el que humilde te dedico,
Esta, Señor en sumaria
es de mi vida el principio.
Don Enrique conoció
era su Toison, y dijo
en altas voces: ¡Ay Dios!
este es mi querido hijo.
Primo ¿no os acordareis
de los pasados cariños
de las dos damas tapadas?
¡Valedme Cielos divinos!
Ven, hijo del corazon,
ven mi querido Francisco,

contadme por vida vuestra,
¿qué es esto, que ha sucedido?
Señor, ya que mi fortuna
á tu vista me ha traido,
os digo, como salí
de Sevilla, con designio
de buscarte, y que los Cielos
así me lo han concedido.
Si de la hermosa Princesa
favores he recibido,
ha sido industria de amor,
que el amor todo es arbitrios,
porque queriendo ampararme
su hermosura, ha permitido,
bien pagada de mi amor,
no de mi arte ni brio,
mereciese ser su dueño,
yo la culpa no he tenido.
Y ahora, Padre y Señor,
aqui tienes á tu hijo,
dispon, manda, haz y ordena
en lo que fueres servido.
Viendo ya Don Estefano
que aquel era su sobrino,
dispusieron transformar
en las bodas el castigo.
Hubo torneos y cañas,
hubo festines distintos,
y con célebres aplausos
se desposaron los primos.
Y el auditorio perdone
lo rústico del estilo.

FIN.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro,
calle de Génova n. 11.